

Albert Camus  
y el  
protestantismo

Juan Antonio Monroy

**Ediciones Heraldo de la Verdad**

**Albert Camus y el protestantismo**

© 2023 Juan Antonio Monroy

Primera edición: Enero 2023

Diseño de cubierta e interior: Juanjo Bedoya

Impreso en España / Printed in Spain

# Explicación

Si tuviera que redactar una lista de mis héroes literarios posiblemente llenarían un par de páginas. Pero entre todos destaco a cuatro, a sabiendas de la categoría e importancia que tienen los demás. Son, por este orden y con gran diferencia, Miguel de Cervantes. Luego Alberto Camus, Miguel de Unamuno y Giovanni Papini. Dos españoles, un francés y un italiano.

A Camus me unen varias circunstancias. Los dos hemos nacido en el norte de África, él en Argelia yo en el vecino Marruecos. Los dos hemos tenido a jóvenes árabes como nuestros mejores amigos. Los dos somos hijos de padres franceses y madres españolas. Los dos –él ha sido– yo soy escritor, si bien él era un gigante y yo soy a su lado un pigmeo.

Derramo lágrimas cada vez que cojo un libro de Camus. Fue totalmente injusto que muriera con sólo 47 años y de la manera que murió: En el asiento delantero de un coche, con el cinturón de seguridad sin abrochar, el automóvil chocando contra un árbol, luego contra otro, con la

mirada desorbitada, derramando sangre de aquel cerebro que en el mundo gozaba de la mayor influencia y difusión.

Máximo representante del humanismo cristiano, Camus elaboró una obra dinámica sustentada por un pensamiento que, más allá de ambigüedades o paradojas, reside en la aceptación del amor instintivo por el mundo.

El contenido de este pequeño libro lo he reducido, prácticamente, a dos temas: Una biografía de su persona lo más ampliamente que me ha sido posible y su acercamiento al cristianismo de la mano del pastor protestante norteamericano Howard Mumma, a cuyos sermones asistió Camus una temporada en la Iglesia Americana de París, donde estuvo a punto de ser bautizado en Cristo. Su dilema en el momento de aquél maldito choque era el mismo de millones de seres humanos en todo el mundo. Cómo acercarse a Dios y cómo conciliar la fe en la vida.

*Juan Antonio Monroy*

*Madrid primavera de 2023*

# 1

## Más allá del absurdo y la nada

La tarde del 4 de enero de 1960 la pasé aislado en mi despacho de la calle La Haya, en Tánger, corrigiendo hasta horas avanzadas de la madrugada las pruebas de mi libro *La Biblia en El Quijote*. Esto me impidió atender las noticias de la televisión y la radio. Hacia las nueve de la mañana siguiente, como era costumbre diaria en mí, anduve despacio hasta el Café de la Poste, situado en el Boulevard Mohamed V, junto al Banco de Estado de Marruecos. Antes de pedir el café crucé la calle para alcanzar un puesto de periódicos amparado en el edificio del Correo Central. El impacto que recibí conmocionó mi ser. *La Dépeche Marocaine*, diario local publicado en francés, daba la noticia con grandes titulares a toda plana: “*Albert Camus ha muerto en accidente de automóvil*”.

Horas después llegaban a Tánger los periódicos de Madrid y de París con abundante información sobre el triste acontecimiento. El papel recogía lamentos desgarradores. La tinta negra transmitía el luto de muchos corazones heridos por la tragedia.

Albert Camus salió de Lourmarin hacia París por carretera el domingo 3 de enero de 1960. El automóvil, un potente Facel Vega de tipo deportivo, era conducido por su amigo Michel Gallimard. En el asiento trasero viajaban la esposa de Gallimard, Janine; una hija de ésta, Anne, de 18 años, y el perro de la familia, un precioso skye terrier. La idea de los viajeros era cubrir los 755 kilómetros que los separaban de París en dos etapas. En un pequeño albergue de Thoissey, cerca de Macon, cenaron y durmieron aquella noche. A la mañana siguiente reemprendieron el viaje. Hacia el mediodía pararon de nuevo en Sens, a orillas del Yonne, en el departamento del mismo nombre. Después de comer iniciaron la última etapa del viaje. Pensaban llegar a París a la caída de la tarde.

Por Villeblevin el automóvil enfiló una carretera amplia, plana y recta, bordeada de muchos árboles. Michel Gallimard conducía tranquilo. Junto a él iba Camus, con el cinturón de seguridad sin abrochar. Las dos mujeres descansaban en sus asientos. Por causas que nunca se aclararon suficientemente, el coche derrapó, chocó contra un árbol y a continuación quedó empotrado contra otro. El cuerpo de Gallimard fue proyectado fuera del vehículo. Sangraba abundantemente. Su esposa se hallaba cerca de él, menos herida. La joven Anne quedó tendida a unos veinte metros del coche. Las mujeres se recuperaron pronto. Camus murió en el acto. Quedó con la cabeza incrustada en el cristal de la puerta. Tardaron dos horas en sacar su cuerpo del montón de chatarra a que quedó reducido el automóvil. Testigos presenciales afirmaron que sus ojos tenían una expresión de

horror. El ideólogo del absurdo encontró la muerte en un accidente absurdo. La vida tiene a veces esta amarga ironía.

El mundo de las letras se conmocionó al conocer la noticia. La prensa, la radio y la televisión dedicaron amplios y continuos espacios al malogrado premio Nobel. Camus había muerto cuando su obra literaria no había empezado aún, tal como declaró a un periodista tres días antes del choque fatal.

Las investigaciones realizadas tras el accidente indicaron que el cuentakilómetros del coche marcaba 145. ¿Conducía Gallimard a esa velocidad? El reloj quedó parado en las 13,54, hora probable del accidente. Los periodistas especularon cuanto quisieron. Se dijo que los neumáticos del coche estaban gastados, que Gallimard conducía con imprudencia, que no revisaba la mecánica del coche con regularidad, que el asfalto estaba resbaladizo a causa de la lluvia caída en los primeros días del año... Al no poder evitar la muerte, los humanos hallan cierto alivio explicándola. Aunque no entiendan el por qué ni el para qué.

Inmediatamente después de su muerte se iniciaron homenajes a la memoria de Camus. En Francia, en los países europeos de los dos bloques, en Estados Unidos, en las repúblicas de América Latina, en Asia y en África. La órbita humana se sentía lacerada en lo hondo del alma. Con la muerte de Camus se había perdido al escritor más puro del siglo, heredero de una línea de pensadores para quienes la existencia del hecho moral justificaba el don de la vida.

Uno de los primeros en destacar la importancia de su persona y de su obra fue el entonces ministro de cultura de

Francia André Malraux, intelectual de reconocida talla y amigo íntimo del escritor. Ante el féretro donde se hallaba el cadáver todavía caliente de Camus, Malraux dijo: *“Desde hace más de veinte años la obra de Camus ha venido siendo inseparable de su obsesión por la justicia. Saludamos a uno de éstos por quien Francia está presente en el corazón de los hombres”*.

A su muerte, Albert Camus tenía 47 años. Había nacido en Mondovi, departamento de Constantina, en Argelia, el 7 de noviembre de 1913. Procedía de una familia muy humilde. *“Nací pobre –dice en El revés y el derecho– en un barrio obrero, pero no sabía lo que era la verdadera desgracia hasta que conocí nuestros fríos arrabales... Para corregir una indiferencia natural, fui situado a media distancia entre la miseria y el sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol y en la historia; el sol me enseñó que la historia no lo es todo”*. Más tarde diría: *“Yo no he aprendido la libertad en Marx; la he aprendido en la miseria. Quince mil francos franceses al mes, y Tristán no tiene ya nada que decirle a Isolda. También el amor es un lujo”*.

El padre del escritor, miembro de una familia originaria de Alsacia, ese eterno campo de batalla entre Francia y Alemania, se llamaba Lucien Auguste Camus. Quedó huérfano al cumplir un año y fue educado en un orfelinato protestante. Al abandonar el mismo se dedicó a humildes trabajos manuales y agrícolas. Murió en el campo de batalla, durante la primera guerra mundial, el 11 de octubre de 1914, cuando su hijo Albert sólo tenía once meses de edad.



La madre, Catherine María Cardona, a su vez hija de José Cardona y Pons, procedía de una familia española originaria de las islas Baleares que emigró a Argelia. Albert Camus sentía auténtica pasión por la madre, fácilmente identificable en varias obras del escritor, especialmente en *El extranjero*.

Guillermo Díaz Plaja dice que *“la fuerza patética, casi tremendista”* que Camus imprimió a su obra narrativa *“le viene un poco de su raíz argelina y de su madre española...”* Los biógrafos del premio Nobel concuerdan en que siempre proclamó el orgullo de sentirse español por el lado materno, que le era tan querido. Una de sus obras de teatro, *El estado de sitio*, desarrolla la acción en Cádiz, la tacita de plata de Andalucía, esplendor y prestigio de la España marinera. Pedro Laín Entralgo y Milagro Laín Martínez, traductores al castellano de *El estado de sitio*, afirman que los españoles debemos gratitud a Albert Camus *“porque decidió elegir a Cádiz como contorno teatral de su ensueño, de su gran esperanza, y porque en un mozo gaditano quiso encarnar la figura del héroe que con su muerte hará posible la realización histórica de ese ensueño y de esa gran esperanza”*.

Imponiéndose a la pobreza familiar con una tremenda fuerza de voluntad, el joven Camus lee, estudia, observa. Sus compañeros de juego son los árabes del barrio. Con ellos recorre las calles de la ciudad y da largos paseos por las playas de Argel, donde la madre, viuda a los 25 años, se traslada en busca de mejores oportunidades económicas. En la capital de Argelia consigue terminar los estudios de bachillerato.

Ingresa en la Universidad y actúa como guardameta del Racing Universitario de Argel. Una tuberculosis grave le obliga a dejar los iniciados estudios de Filosofía.

Camus no permite que la enfermedad le doblegue. El carácter es la energía sorda y constante de la voluntad. Camus lo sabe. Consigue un empleo como redactor en la prefectura de Argel. Como le queda tiempo libre en la oficina, lee y escribe. En Argelia publica sus dos primeros libros, *El revés y el derecho* y *Bodas*. Entra como redactor jefe en el periódico *Alger Republicain*, que dirige su amigo Pascal Pía. Con otro grupo de amigos, especialmente musulmanes, funda una compañía de teatro y estrena obras que él mismo escribe o adapta.

La fama de Albert Camus llega a la metrópoli. París le llama. En 1940, cumplidos 27 años, se instala en la capital francesa. Entra de secretario de redacción en el diario *Paris-Soir*. Estalla la segunda guerra mundial y Camus se repliega con el periódico a Clermont-Ferrand. Forma parte del grupo de resistencia *Combat*. Regresa a París y vive en la clandestinidad. En 1942, en plena guerra mundial, publica dos de sus mejores libros: *El extranjero* y *El mito de Sísifo*. Aunque quiere pasar desapercibido, pronto se convierte en el escritor más célebre de Francia.

Tras la liberación de París el 24 de agosto de 1944, Camus se entrega en cuerpo, alma y mente a la tarea de escribir. Su profunda y original obra es reconocida mundialmente en octubre de 1957, cuando la Academia Sueca anuncia la concesión del Premio Nobel de Literatura a Albert Camus “por su importante producción literaria, que

*ilumina con seriedad y clara visión los problemas de la conciencia humana de nuestro tiempo”.*

Ése fue el empeño constante de Albert Camus. Con un auténtico fervor moral que no existe o que yo no he sabido descubrir en la obra de Jean Paul Sartre, Camus se aferró a los grandes problemas fundamentales de la vida en aquella Europa destrozada por la guerra. Su obra, a pesar de hallarse influenciada por el sufrimiento de la resistencia y de las muertes permitidas en los combates, es de una objetividad tranquila, concisa, sin pretensiones mesiánicas. El mismo definió su misión de escritor con estas palabras: *“Mi papel no es en modo alguno el de transformar el mundo ni al hombre. No tengo suficiente virtud ni talento para ello. Pero quizá sea el de servir desde mi sitio a los valores sin los que un mundo, aun transformado, no vale la pena de ser vivido; sin los que un hombre, aunque nuevo, no es digno de ser respetado”.*

¿Qué hay de absurdo en esta actitud? Lo realmente absurdo es querer encasillar a Albert Camus en la llamada filosofía del absurdo.

*El extranjero, El mito de Sísifo y La peste* son los tres libros donde Camus insiste con más frecuencia en el tema del absurdo.

Pero para entender el sentido que esta palabra tiene en la obra de Camus hay que comprender, como dice el propio escritor en su artículo sobre *la crisis del hombre*, *“el punto de arranque espiritual y el lugar histórico de la generación que vivió su infancia y juventud en medio de la crisis de ambas guerras mundiales, nacidos dentro de un mundo absurdo*

*recibido en herencia; no podían creer en nada y tenían que vivir en rebelión... Esta generación fue, pues, escogida para sobrellevar la existencia humana en el ámbito de soledad absoluta, para actuar sin esperanza, expuesta, por decirlo así, sobre una roca pelada en el océano. Aquí surgió la tentación de mi generación. Fue doble: no tener nada por verdad, o ver la única verdad en el abrazo a una predeterminación histórica”.*

Como afirma Leo Gabriel en su *Filosofía de la existencia*, Albert Camus intenta heroicamente hallar sentido a lo que parece haberlo perdido. Dar sentido a lo sinsentido. *Sísifo* y *El extranjero* son los tipos negativos del sinsentido. Los positivos hacen su aparición en la novela *La peste*. El doctor Rieux, protagonista de la obra, es la figura simbólica de una existencia sin cáscara, de una humanidad absolutamente existencial.

Si Calígula (¿Hitler?) juega a asesinar todo lo que le rodea; si los extranjeros, como sugiere André Blanchet en *La literatura y lo espiritual*, eran esos millones de espantados combatientes entregados a su tarea de matadores, condenados a muerte ellos mismos, sin saber por qué mueren ni incluso por qué han vivido, ¿qué queda? La espantosa realidad con que Camus inicia *El mito de Sísifo*: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio”.

Está Dios, desde luego. Pero Camus “llegará siempre demasiado tarde a las citas de Dios, porque siempre habrá demasiados carros atollados en el camino, a los que hay que desatascar”.

Uno de estos carros obstaculizadores fue la propia Iglesia católica en cuyo seno nació. Después de su muerte se publicaron algunas fotografías de Camus niño vestido con ropas de primera comunión. ¡Absolutamente natural! Las madres de origen español que daban a luz en Argelia o en Marruecos ponían especial empeño en que sus hijos fuesen bautizados al nacer e hicieran la primera comunión. Aunque fueran éstas las únicas ocasiones en que tanto ellas como los hijos pisaran el templo católico.

En los primeros textos que publica en Argelia, Camus afirma ya que *“el catolicismo le es extraño”*. ¿Por culpa de quién? Todavía no se ha escrito la historia de *“los otros españoles”* que en Argelia y en Marruecos constituían una sociedad discriminada por los propios compatriotas de clase privilegiada. La élite española en estos países africanos estaba formada por los representantes diplomáticos, los miembros del Ejército –en Marruecos–, los franciscanos delegados por la Iglesia católica, los profesionales y los comerciantes. Clase aparte, muy aparte, constituían los trabajadores manuales, los pobres, analfabetos muchos de ellos, los eternos mendigos.

La segregación entre estos dos grupos humanos era más violenta en Marruecos y en Argelia que en la patria de origen. Los pobres vivían hacinados en barrios extremos. Habitaban casas construidas con paredes de madera y techos de lata. Sus compañeros de vecindad y de juego eran en su mayoría árabes, tan pobres como ellos. El cura aparecía por aquellos barrios una vez al año para enterarse de cuántos niños habían nacido.

En este ambiente nació y creció Albert Camus. Nada tiene de extraño que en cuanto aprendió a escribir dijera que había vivido en una especie de “*paganismo anterior a nuestra era*”. En aquellos pueblos y en aquellas condiciones éramos todos paganos. Más paganos que nuestros convecinos árabes, porque ellos, al menos, tenían la asistencia y el consuelo de su religión musulmana.

Ni en su infancia ni en su juventud tuvo Camus acceso a la dimensión religiosa de la existencia. Sólo veía en la Iglesia una institución clasista, aliada con todos los poderes temporales. Su rechazo del Dios católico alcanza situaciones de violencia en *El extranjero*, donde Camus escribe muchas páginas autobiográficas. Meursault expulsa de su presencia al capellán de la prisión y le grita a voz en cuello, le insulta y le dice que no rece, que más vale arder que desaparecer.

En Francia, siendo ya escritor célebre, la jerarquía católica tampoco supo comprenderle ni ayudarle. El sacerdote católico francés convertido del marxismo, I. Lepp, publicó en 1961 un estudio titulado *Psicoanálisis del ateísmo moderno*. En este trabajo, citado por Charles Moeller en el primero de los cinco tomos que componen su obra *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, Lepp detalla las razones del “*ateísmo desesperado de Camus*”. “*Los amigos de Albert Camus –afirma– saben que, entre 1947 y 1950, el escritor se había acercado mucho al catolicismo, hasta el punto de que algunos daban ya por segura su conversión... J.P. Sartre, con ocasión de la polémica que en 1952 le enfrentó a Camus, no estaba completamente equivocado al sospechar que cierta nostalgia de Dios se ocultaba en la vehemencia misma con que el*

*futuro premio Nobel proclamaba la absurdidad de un mundo sin Dios”.*

¿Qué ocurrió entonces? ¡El muro, los muros de la intransigencia católica, las incomprensiones y excomuniones de hombres que todo lo juzgan con el color de la sotana, cerrándonos el paso a la luz y obstaculizando nuestro camino a las estrellas infinitas! Sigue I. Lepp: *“Pero desde 1950, los supremos jerarcas del catolicismo lanzaban su reprobación o su condena precisamente sobre aquellos cristianos gracias a los cuales Camus había concebido la vaga esperanza de que acaso pudiera haber al menos un más allá de la desesperación, de que el hombre pudiera no ser tan extraño a sí mismo y a los demás como él creía”.*

Aun así, el estudio –no la mera lectura– de las obras de Camus en su conjunto no aporta argumentos suficientes para deducir matemáticamente el ateísmo de su autor. En el niño inocente que muere en *La peste* a pesar de las oraciones del jesuita, Camus desentierra el eterno tema del sufrimiento de los sin culpa. Es la punta más aguda del problema del mal. Pero el escritor sabe también que sólo el cristianismo de Cristo ha dado una respuesta a la pregunta de por qué sufren los inocentes. Nadie ha nacido en este mundo más inocente que Cristo. Y pocos han sufrido como Él sufrió.

La contestación definitiva a este y a otros interrogantes humanos hay que hallarla al otro lado de las nubes. Como Calígula, que quería algo eterno para vencer sus angustias. *“El mundo –exclama– no es soportable. Por eso necesito la luna o la dicha, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo”.*

Al tema de la dicha, de la felicidad imposible en la tierra, dedica Camus otra de sus grandes obras: *La caída*: “Así corría yo –dice Clamence–, siempre colmado, nunca hastiado, sin saber dónde detenerme, hasta el día, mejor dicho, hasta la noche en que la música se detuvo y se apagaron las luces”.

En *La caída* Camus hace alarde de sus conocimientos bíblicos. Con palabras inspiradas en el Libro trata los grandes temas del pecado, la culpabilidad humana, la conciencia, la gracia. Los mismos temas aparecen en *El hombre rebelde*, especialmente en el capítulo dedicado a “los hijos de Caín”. No se puede llamar ateo al hombre que escribió este largo párrafo en el capítulo referido: “*El Nuevo Testamento puede ser considerado como una tentativa de responder a todos los caínes del mundo, suavizando la figura de Dios y suscitando un intercesor entre Él y el hombre. Cristo ha venido a resolver dos problemas principales, el mal y la muerte, que son precisamente los problemas de los rebeldes. Su solución ha consistido, ante todo, en hacerse cargo de ellos. El dios-hombre sufre así con paciencia. Ni el mal ni la muerte le son ya absolutamente imputables, puesto que Él está desgarrado y muere. La noche del Gólgota no tiene tanta importancia en la historia de los hombres sino porque en esas tinieblas la divinidad, abandonando ostensiblemente sus privilegios tradicionales, vivió hasta el fin, incluyendo la desesperación, la angustia de la muerte*”.

Yerran quienes ven en *El hombre rebelde* la rebeldía del hombre contra Dios. Camus se rebela aquí contra la condición humana, no contra el autor de la vida. ¿Se puede ser a la vez ateo y rebelarse contra Dios? ¡He aquí el dilema!



*“Grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito”*, chilla Camus. La misma rebeldía aporta las pruebas de la evidencia. La duda en el propio grito del alma es la afirmación de la superioridad divina. Prometeo no ha logrado liberar a los hombres de su sujeción a Dios. Sigue teniéndonos en sus manos eternas y dirigiendo nuestro destino. A todos. El de todos.



# 2

## Existencialismo y fe

Después de la segunda guerra mundial que se inicia en septiembre de 1939 con la invasión de Polonia por las tropas de Hitler y termina en agosto de 1945 con el crimen atómico en dos ciudades japonesas, Hiroshima y Nagasaki, surgen en Europa, concretamente en Francia, dos grandes filósofos, ambos Premios Nobel de Literatura: Juan Pablo Sartre y Alberto Camus. En sus libros, que fueron muchos, ambos autores apuntan la filosofía del existencialismo, dedicando miles de páginas a discutir los eternos temas de Dios, la fe y la existencia humana. Motivos existencialistas se han querido encontrar en el pensamiento de Platón y Aristóteles. Pero el existencialismo verdadero, el existencialismo contemporáneo, nace en Europa en los albores del siglo pasado. Precursores de este existencialismo fueron, entre otros, el alemán Arturo Schopenhauer (1788—1860) y el danés Soren Kierkegaard (1813—1855), muy difundido en España por el filósofo Miguel de Unamuno.

Resulta difícil dar una definición del existencialismo. No es exactamente una filosofía ni una escuela. Es, ante

todo, una actitud ante la vida. Una dimensión de la vida que no siempre cabe en la doctrina del cristianismo.

Tanto Sartre como Camus fueron considerados en su día abanderados del existencialismo. Para mí, que he estudiado a los dos, hay profundas diferencias entre ellos.

El de Sartre es un existencialismo ateo.

El de Camus es un existencialismo esencialmente humano, una expresión de la crisis espiritual de nuestra época, un movimiento espiritual que tiene también manifestaciones religiosas, artísticas y políticas.

El pequeño libro de Juan Pablo Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, pudo haberlo titulado *El existencialismo es un ateísmo*. Por mucho que mareemos sus obras en busca de una abierta declaración de fe en la Divinidad, el ejercicio resulta negativo. Sartre fue un filósofo ateo. El grito de Nietzsche hacia finales del siglo XIX, “Dios ha muerto”, lo repite Sartre en 1945 ante las ruinas de un París destruido por la guerra. El existencialismo de Sartre conduce a la desesperanza. “Aun cuando Dios existiese nada cambiaría. Al hombre no puede salvarle ni siquiera una prueba valedera de la existencia de Dios”, stampa en las páginas de *El Existencialismo no es un humanismo*.

El existencialismo que proponía Camus carece de un fondo ateo. Es un existencialismo desprovisto de desesperaciones, de congojas, de náuseas y de absurdo. En uno de sus mejores libros, *El hombre rebelde*, Camus denuncia la idea de la totalidad humana. El hombre no es señor de sí mismo. El hombre no es el centro de su propia humanidad. Un hombre desembarazado de Dios es un hombre solitario y sin

amo. El existencialismo de *El hombre rebelde* tiene dimensión de trascendencia. Toda vez que el motivo de este capítulo es Alberto Camus, creo de justicia limitarme a su obra, ignorando a Juan Pablo Sartre y a otros grandes autores contemporáneos de Camus.

Cuando la Academia Sueca le entregó el Premio Nobel lo justificó en base a “*su importante producción literaria*”. Menciona al literato, no al filósofo.

A Camus se le discutía en Francia su condición de filósofo. Círculos literarios de su época lo discriminaron por esta causa. También fue discriminado por la Academia Francesa, pero era filósofo. Se hizo filósofo. Alternando los estudios en la Universidad de Argel con ocupaciones múltiples para vencer la penuria económica, en 1936 consigue la licenciatura en Filosofía. No puede ampliar estudios a causa de la tuberculosis que contrae.

Camus se defiende de sus detractores en el artículo *Filosofía y novela*. Pensar es ante todo crear. “*El filósofo, aunque sea Kant, es creador. Tiene sus personajes, sus símbolos, su acción secreta, tiene sus desenlaces*”. El literato es asimismo un creador. “*Los grandes novelistas son novelistas filósofos*”. La única diferencia entre ellos es que el literato ha preferido “*escribir con imágenes más bien que con razonamientos*”.

Rácano y reservado en sus juicios, el religioso Teófilo Urdanoz se limita a confesar que “*si bien la obra de Camus es eminentemente literaria, contiene algunas concepciones filosóficas expuestas en los ensayos y reflejadas vivamente en sus novelas y teatro*”.

Es otro filósofo, francés de origen judío, nacido, como Camus, en Argelia, Bernard-Henri Levy, quien reconoce y sublimiza la condición de filósofo del autor de *La peste*.

*“Camus es filósofo de formación. Si no es catedrático, si no hace en Argel las famosas oposiciones que quizá le habrían ganado el respeto de los señores de la calle de Condé es porque, roído por la tuberculosis, no puede obtener el certificado de buena salud que la República, en esa época, exigía a sus futuros profesores”.*

*“Lo que es cierto, en cambio, es que Camus es, y lo reconoce, un filósofo de un género particular. Es un filósofo que se ríe de los filósofos que ceden al academicismo, la pompa, la oscuridad. Es un filósofo que considera desde el primer día, es decir, desde su colaboración en Alger Républiquein, que el periodismo es un género filosófico de pleno derecho. Un filósofo artista. Un filósofo que toma de todas partes las armas que necesita. Un filósofo que, además, nunca ha separado su vida de su aventura intelectual y, por tanto, siempre ha ejercido el doble juego de una vida escrita y unos libros intensamente vividos. Este tipo de filósofo inventa una actitud al mismo tiempo que produce una obra. Es autor de un estilo antes que de un sistema. ¿Pero no es ésa, según sus queridos griegos, la propia definición de la filosofía?”.*

Que Alberto Camus fue un filósofo encuadrado en la corriente existencialista, nadie lo pone en duda. Dos de sus obras más conocidas, *El extranjero*, ambientada en Argelia, y el ensayo *El mito de Sísifo*, reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo.

Pero se equivocan y malinterpretan autores ultraconservadores como Sabino Alonso Fueyo cuando pontifican que el existencialismo no es otra cosa que *“la fuga constante de lo divino, que nos habla de un futuro sin esperanzas, sin fe en los destinos eternos”*.

Este no era, en absoluto, el existencialismo que creía y proclamaba Alberto Camus. Para enjuiciarlo es preciso tener en cuenta el contexto histórico que tocó vivir a nuestro autor ante el panorama de una Europa destruida. Dice Nicolás Abbagnano que *“después de la segunda guerra mundial, el existencialismo aparece como el reflejo más fiel o la expresión más auténtica de la situación de incertidumbre de la sociedad europea, dominada todavía por las destrucciones materiales y espirituales de la guerra”*.

El filósofo y teólogo Soren Kierkegaard decía en el siglo XIX que el existencialismo es el bien más elevado para que el individuo encuentre su propia y única vocación en la tierra. Que cada cual elija su camino sin estar sujeto a modelos universales. Un camino propio que dé sentido a la existencia a este lado de las nubes.

A un francés nacido en Argelia, en la pobre región de la Cabilia, donde él mismo hubo de recorrer el itinerario del hambre, según confesión propia, no se le puede reprochar que se planteara la problemática de la vida humana y el papel del hombre en un mundo violento, donde la libertad individual se hallaba amenazada por las potencias en conflicto. En aquella Europa en guerra un escritor como Camus estaba obligado a tomar partido, al menos, respecto a Francia, Alemania, Argelia y la Unión Soviética. Las razones

existencialistas surgen en Camus cuando tiene ante sí la opresión fascista, franquista, colonial y soviética. Tal situación plantea a todo hombre con la sensibilidad y entendimiento de Camus otra situación de incertidumbre, inestabilidad y duda que le lleva a dos caminos diferenciados: La abdicación o la acción y la denuncia. Camus eligió lo segundo. Si a esto se le llama existencialismo, el vocablo no cambia la realidad de los hechos.

El catedrático de Filosofía en la Universidad de Viena, Leo Gabriel, contemporáneo y poco amigo de Camus, dice que con su teoría del existencialismo el escritor francés pretende dar sentido a lo sinsentido. ¿Está diciendo que la realidad de la existencia humana carece de sentido?

El existencialismo que reconocía y apoyaba Camus era la denuncia contra *“la amenaza mortal que se cierne sobre nuestra condición y lo esteriliza todo. Sólo el grito hace vivir”*. Desde las páginas del diario *Combat*, donde fue redactor jefe, elaboró una teoría del existencialismo original, basada en experiencias y vivencias propias y ajenas. El filósofo nacido en África y emigrado a Europa concibe el existencialismo como el absurdo de una vida rutinaria, vacía, carente de estímulos. Una vida aprisionada en conceptos, alejada de la realidad existente.

El de Camus era un existencialismo humanista. En sentido determinado, el humanismo se entiende como la actitud que históricamente se concreta de modo ejemplar en torno al siglo XV, cuando asoman los primeros síntomas del Renacimiento en Italia.



De modo amplio, el humanismo indica la exaltación del espíritu humano en su libre actividad. Carga el acento en el valor y la dignidad del hombre y sus capacidades creadoras. En este sentido, Alberto Camus fue un existencialista humanista. Uno de sus biógrafos, Herber Lottman, dice que Camus “*fue el amigo caritativo de los exiliados españoles antifascistas, de los jóvenes rebeldes, de los objetores de conciencia. Al entregarle el Premio Nobel la Academia Sueca lo citó como uno de los escritores más comprometidos de entre los que se oponían al totalitarismo*”. Por aquél entonces, el editoria- lista del *New York Times* escribió: “*He aquí una de las raras voces literarias que ha emergido del caos de la posguerra con el tono armonioso y medido del humanismo*”.

Si el humanismo es, como lo concebía el poeta francés Chateaubriand, el tesoro más apreciado de la raza humana, puede decirse que Camus fue un escritor hondamente humano.

Hay humanidad en la descripción del jesuita que ve morir al niño en la novela *La peste*.

Hay humanidad en la protesta de Camus contra la violencia que se infiere a un hombre en la misma novela.

Hay humanidad en las palabras que Camus pone en labios del doctor Rieux en la última página de *La peste*: “*En medio de los gritos que redoblaban su fuerza y su duración que repercutían ante el pie de la terraza, a medida que los ramilletes multicolores se elevaban en el cielo, el doctor Rieux decidió redactar la narración que aquí termina para testimoniar a favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido*

*hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.*

Charles Moeller, autor de una obra en cinco tomos titulada *Literatura del siglo XX y cristianismo*, donde dedica unas cien páginas al análisis de los libros escritos por Camus y a aspectos de su vida, emite este juicio sobre el filósofo: *“El autor de La peste ha escrito páginas conmovedoras sobre la ternura del hombre hacia el hombre, sobre su necesidad de volver a encontrar, de cuando en cuando, después de la lucha agotadora, el maravillado semblante de la ternura... asimismo, la madre del doctor, con su mirada que lo comprende todo, revela la honradez y la bondad que Camus desea en todos los hombres”.*

¿Se quieren más ejemplos de humanidad? *“El hombre no puede amar sin amarse”*, escribe Camus en *El hombre rebelde*. La frase, ¿no encierra el mismo principio formulado por Cristo cuando recuerda al joven rico el antiguo mandamiento *“amarás a tu prójimo como a ti mismo?”* (Mateo 19:19).

Tanto el concepto expresado por Camus como el citado por Cristo son principios humanos por excelencia. Si somos incapaces de amarnos a nosotros mismos, si la vida nos angustia, si aborrecemos la existencia y nos ronda la idea del suicidio, ¿cómo podemos amar al prójimo? ¿Cómo comunicar a otros la ley del amor? Las páginas escritas por Camus son fáciles de reconocer por su pureza de sentimientos y por los movimientos de su pensamiento y de su corazón. Su voz, levantada siempre contra toda injusticia, es sin duda alguna

una de las más puras y nobles manifestaciones de humanidad. Al margen de las corrientes filosóficas Camus elaboró una reflexión sobre la condición del hombre que trata las múltiples tentativas humanísticas que cruzan toda la Edad Media hasta nuestros tiempos. “*La verdadera desgracia es no saber amar*”, diría. Hasta el religioso Octavio Fullat, quien airea lo que él considera ateísmo de Camus, se ve obligado a reconocer, rendido por la evidencia: “*Camus es un humanista, ama a sus semejantes, los problemas humanos son sus problemas*”.

En 1935 Camus se adhiere al Partido Comunista en Argelia. Pero dos años después es excluido del mismo por sus ideas liberales, demócratas, por no estar de acuerdo con los dictámenes de quienes dirigían el partido desde la Unión Soviética. Sus críticas a la opresión de hombres en aquel Gulag de Stalin no gustaban en las altas esferas del comunismo. Tampoco encajaba en la doctrina comunista su aproximación al tema religioso.

Al evaluar el tratamiento de la religión en las obras de Camus se impone una pregunta. ¿Fue Camus ateo o simplemente anticlerical respecto a la Iglesia católica?

En la mente del Vaticano el escritor que disiente de sus dogmas y no proclama su catolicidad a la manera de Menéndez Pelayo, es ateo. Para la alta jerarquía católica, toda proclamación de anticlericalismo supone ateísmo. En el grueso volumen (900 páginas) *The age of Voltaire (La edad de Voltaire)* sus autores afirman que los hombres que escribieron *La enciclopedia* en 18 tomos en el siglo XVIII, como Voltaire. Diderot, D’Alembert y otros, fueron considerados ateos por

la jerarquía católica en la Francia de aquellos tiempos. Y no eran ateos. Eran anticlericales católicos que querían acabar con el poderío de cardenales y obispos unidos a reyes despotas que oprimían al pueblo. Aquella Enciclopedia iluminó la Revolución francesa que se inició de 1789, Revolución que dio lugar a un nuevo concepto de patria en Europa y extendió su cátedra a todo el continente americano.

Tal como he escrito en otro lugar, a finales del siglo XIX y gran parte del XX destacaron en España dos importantes generaciones de escritores, la generación del 98 y la generación del 27. Todos sus miembros nacieron en el seno de la Iglesia católica. La gran mayoría de ellos destacaron por su anticatolicismo, como hicieron Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Antonio Machado, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre, Ramón María del Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Luis Buñuel y tantos otros.

Existe una literatura católica en la que se identifica a todos estos hombres con el ateísmo. Y no fueron ateos. Fueron, eso sí, anticlericales en su vida y en su obra.

Otro tanto ocurre con Alberto Camus. Se dice de él que fue escritor ateo. Yo, que lo leo todo, me indigno ante libros como el de Carlos Edmundo de Ory, cuyo título ya demuestra que había estudiado poco al genio franco-español: *Camus y el ateísmo in extremis*.

Camus no fue ateo. Ciertamente que en su infancia no tuvo una educación católica. Pero ni a sus familiares ni a él se le puede culpar por ello. Los curas franceses y españoles

enviados a esos países del Norte de África, como Argelia y Marruecos, no prestaban atención a los europeos que vivían en barriadas pobres. Sólo se interesaban por la élite adinerada y por mantener buenas relaciones con la jerarquía militar. El único contacto que tenían los habitantes de esas zonas paupérrimas era con las grandes señoras de los círculos católicos que de vez en cuando se acercaban a ellos para llevarles algunos alimentos y ropas muy usadas. Miserias para tranquilizar sus conciencias.

En semejante ambiente, que yo conocí y viví en propia carne en ambas zonas del protectorado español y francés en Marruecos, puerta con puerta con Argelia, pocas ganas había de asistir a misa. No se odiaba a los curas, simplemente se les esquivaba y se les ignoraba.

En su Argelia natal, Alberto Camus no veía en la Iglesia católica otra cosa que su compromiso con los ricos y con los poderes políticos y militares.

La Iglesia católica ha hecho muchos ateos. La historia de la literatura está llena de ejemplos. Siempre atrincherada en posiciones defensivas y atacando con palos al cerebro.

En 1948 Camus fue invitado a impartir una conferencia en un convento dominico. Quemado por la actuación de la jerarquía católica en España durante la guerra civil, lanzó al rostro de sus oyentes esta acusación: *“Cuando un obispo español bendice las ejecuciones políticas ya no es un obispo, ni un cristiano, ni siquiera un hombre, es un perro”*. En *El extranjero*, el anticlericalismo de Camus adquiere tintes violentos. Al final de la obra el capellán visita a Meursault en la celda donde estaba condenado a muerte.

Lo había hecho otras veces, contra la voluntad del detenido. En esta ocasión el sacerdote insiste tanto en querer que Meursault piense en la vida futura que éste reacciona con brutalidad: *“No sé por qué, algo se rompió dentro de mí. Me puse a gritar a voz en cuello y le insulté y le dije que no rogara y que más valía arder que desaparecer. Le había tomado por el cuello de la sotana. Vaciaba sobre él todo el fondo de mi corazón con impulsos en que se mezclaban el gozo y la cólera”*.

Camus no creía, como Marx, que la religión es el opio del pueblo, pero la que conoció jamás le convenció ni la consideró seguidora del Cristo de los Evangelios. Por su parte, los grandes purpurados de esta religión no realizaron esfuerzo alguno por atraerlo y sí muchos ataques a su persona y a su obra que fueron, paso a paso, alejando al escritor de los atrios pontificios de la Iglesia católica.

Camus estaba lejos de la religión católica, pero no lejos de Dios. No tan lejos. Puede que llegara tarde a la cita con Dios, según una de sus frases famosas. Pero si fue así habría que culpar a quienes pusieron *“demasiados carros atollados en el camino”*.

La biografía de Camus escrita por el francés Olivier Todd, libro que ganó en 1996 el Premio Memorial en París, deja claro que Camus anduvo tras las huellas de Dios desde su temprana juventud. *“Me roía el temor a morir sin haber descubierto la verdad”*, dice en su ensayo sobre San Agustín y Marx. En el primer número de *SUD*, revista mensual de literatura y arte, escribe: *“Tengo dieciocho años. Me acuerdo mal de mi infancia, dulce, sosegada y enfermiza. Tenía unos*

*principios perfectamente establecidos: Dios, el alma inmortal, vivir para los demás”.*

En 1931, en período de convalecencia de su tuberculosis, Camus busca una serenidad metafísica, trascendente. Repitiendo un pensamiento reiterado desde que se inventó la filosofía y se estableció la verdad de la Biblia, afirma que *“el Dios de los filósofos está a considerable distancia del Dios de los Evangelios”*. Por aquella época escribe una tesis para la DES, una especie de minidoctorado que presenta en la Universidad. Camus tiene un tema ambicioso para su DES: *Metafísica cristiana y neoplatonismo, Plotino y San Agustín. “Como un seminarista excelente —dice Todd— Camus diserta sobre el cristianismo, sobre el gnosticismo, sobre el alma que contamina la inteligencia, sobre la unión con la carne, el Verbo, la Fe y la Razón”*.

Camus trata desembarazarse de Dios porque para él *“Dios es incomprendible”*. ¿Sólo para él? ¿Acaso fue Camus el único ser en la tierra que discutió la impenetrabilidad de Dios? Tres mil años han pasado desde que Job se planteara el tema: *“¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?”* (Job 11: 7—9). Dos mil años han transcurrido desde que el apóstol Pablo, adelantándose a Camus, escribió: *“¿Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor?”* (Romanos 11: 36—37). Camus era lo suficientemente inteligente para saber que un Dios comprendido en su totalidad y explicado por el hombre, no nos vale.

Nunca estuvo seguro de la inexistencia de Dios. *“Grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo*

*dudar de mi grito*”, chilla Camus. En ocasiones habla de Dios con un vocabulario que podría firmar cualquier sacerdote católico o cualquier pastor protestante: “Desde el momento en que el hombre no cree ya en Dios, ni en la vida inmortal, se hace responsable de todo lo que vive... Pero el reino de los cielos se halla inmediatamente a nuestro alcance... Muerto Dios, ¿cuál es el fundamento de la moral? Se niega a Dios en nombre de la justicia, pero ¿la idea de la justicia puede comprenderse sin Dios?”.

Quienes ven en Camus un ateo propiamente dicho, totalmente convencido de la inexistencia de Dios, se equivocan. No se ve fácilmente que la filosofía ni la ciencia puedan probar que Dios no existe. Camus era consciente. Conocía la Biblia. En *La caída* se dan casi todos los temas que se encuentran en las Sagradas Escrituras: la inocencia original de Adán y Eva; la culpabilidad del hombre; la gracia de Dios; la persona de Cristo. Como en el Quijote, la Biblia está presente en la obra de Camus sin necesidad de citarla. Innumerables alusiones bíblicas cruzan el relato de *La caída* y dan a la desesperación de uno de sus personajes, Jean Baptiste Clemence, una dimensión religiosa e incluso cristiana. Su libro *El hombre rebelde*, debe mucho a las páginas de las Sagradas Escrituras. Basta con leer la Biblia para comprender que la historia del mundo es la historia del hombre rebelde. La teoría de la muerte de Dios se contradice contra todo lo que hay de Dios en la conciencia de los hombres. ¡Hemos matado a Dios y ha quedado la plaza libre!, dicen. No. Porque la misma creación nos recuerda al Creador.



En Estocolmo, cuando asiste a la entrega del Premio Nobel, Camus denuncia la pobreza de la respuesta cristiana al mensaje de Jesús a quien, dijo, admiraba.

Lo que atrae a Camus en Jesús es que Éste encarnó la verdadera religión, la que perdona. El Clemence de *La caída* dice: “Jesús, al decir a la Magdalena ‘Yo no te condeno’, encarnaba todo el Evangelio”.

Quienes dicen que Camus fue filósofo ateo deberían meditar seriamente en el concepto que le merecía Jesús, expuesto en el capítulo *Los hijos de Caín*, en *El hombre rebelde*. Repito lo dicho por el escritor: “*El Nuevo Testamento puede ser considerado como una tentativa de responder a todos los cáines del mundo, suavizando la figura de Dios y suscitando un intercesor entre Él y el hombre. Cristo ha venido a resolver dos problemas principales, el mal y la muerte, que son precisamente los problemas de los rebeldes. Su solución ha consistido, ante todo, en hacerse cargo de ellos. El Dios-hombre sufre así con paciencia. Ni el mal ni la muerte le son ya absolutamente imputables, puesto que Él está desgarrado y muere. La noche del Gólgota no tiene tanta importancia en la historia de los hombres sino porque en esas tinieblas la divinidad, abandonando ostensiblemente sus privilegios tradicionales, vivió hasta el fin, incluyendo la desesperación, la angustia de la muerte*”.

Yerran quienes ven en *El hombre rebelde* la rebeldía del hombre Camus contra Dios. El novelista se rebela aquí contra la condición humana, no contra el autor de la vida, algo que hicieron los profetas en la primera parte de la Biblia. ¿Se puede ser a la vez ateo y rebelarse contra Dios? ¡He

aquí el dilema! Si Dios no existe en la conciencia individual del escritor, ¿a quién se dirige la rebeldía? La misma rebeldía aporta las pruebas de la existencia. La duda en el propio grito del alma es la afirmación de la superioridad divina. Prometeo no ha logrado liberar a los hombres de su sujeción a Dios. Sigue teniéndonos en sus manos eternas y dirigiendo nuestro destino. A todos. El de todos.

# 3

## Camus y el protestantismo

*“Me encuentro en algo que es así como un peregrinaje; buscando algo que llene el vacío que siento, y que nadie más conoce. Ciertamente, el público y los lectores de mis novelas, aunque ven ese vacío, no encuentran las respuestas en lo que están leyendo. Estoy buscando algo que el mundo no me está dando”,* escribió Alberto Camus.

Si el sacerdote católico Octavio Fullart hubiera leído las prolongadas conversaciones entre Alberto Camus y el pastor metodista Howard Mumma en París, no habría escrito su obra *La moral atea de Alberto Camus*. Tampoco el gaditano Carlos Edmundo de Ory, favorecido en su día con una beca por la franquista Delegación Nacional de Prensa y Propaganda del Movimiento, con la que se trasladó a Francia, habría dado a la imprenta las pocas y maliciosas páginas de su librito *Camus y el ateísmo “in extremis”*.

Tales afirmaciones, que pretenden prejuzgar las creencias y los sentimientos de escritores que no acuden a misa diaria ni alaban a santos fabricados por el imaginero, es

rebajarse al nivel de los embusteros que se han impuesto la triste misión de engañar a los demás.

¿Puede o debe ser llamado ateo un escritor como Camus quien, en su ensayo *El hombre rebelde* se abraza a Cristo en este bellísimo párrafo, ya citado en otro capítulo?: “*El Nuevo Testamento puede ser considerado como una tentativa de responder a todos los cáines del mundo, suavizando la figura de Dios y suscitando un intercesor entre Él y el hombre. Cristo ha venido a resolver dos problemas principales, el mal y la muerte. Ni el mal ni la muerte son ya absolutamente imputables, puesto que Él está desgarrado y muere. La noche del Gólgota no tiene tanta importancia en la historia de los hombres sino porque en esas tinieblas la divinidad, abandonando ostensiblemente sus privilegios tradicionales, vivió hasta el fin, incluyendo la desesperación, la angustia, la muerte*” (En Obras Completas de Alberto Camus, tomo III, página 54).

El pensamiento cristiano de Camus, con frecuencia oculto entre las frondas de plantas peregrinas, se revela aquí cercano al objeto de culto; Jesús es interpretado a partir del Dios creador como la fuerza originaria que empuja a los hombres hacia adelante, hacia la identidad con la muerte y la resurrección.

El año 2000 la Editorial *Paraclete Press* publicó un libro revelador sobre las concepciones religiosas de Alberto Camus. Fue escrito por el pastor metodista norteamericano Howard Mumma, doctor en Teología y conocedor de la filosofía contemporánea.

Mumma, pastor en el estado de Ohio, recibe una invitación para ejercer temporalmente en la llamada Iglesia Ame-

ricana de París, instalada en el edificio neo-gótico en pleno Quai d'Orsay de la capital francesa. Para muchos extranjeros que vivían en París, esta iglesia era un áncora, un refugio, una huida del bullicio de la vida cotidiana e, incluso, un segundo hogar, explica Mumma. Los magníficos conciertos del órgano Casóvant atraían a los parisinos, añade el pastor.

Un domingo, cuando despedía a las personas que habían asistido al servicio, un hombre de compleción y estatura medias, vistiendo traje oscuro a pesar del clima caluroso que vivía París, se le acercó y le dijo:

—*Reverendo, gracias, gracias por el oficio.*

—*¿Quién es usted?, inquirió el ministro.*

—*Soy Alberto Camus —respondió el visitante. He venido los cuatro últimos domingos y sólo hoy he conseguido sentarme. Estos domingos anteriores vine para oír tocar a Marcel Dupré (famoso organista), pero hoy he venido para escucharle a usted.*

Quedaron para comer al día siguiente. Mumma pasó la tarde y parte de la noche pensando en la entrevista. ¿Qué podría tener en común un pastor protestante con el gran filósofo existencialista? Según cavilaba pensaba si Camus intentaría convertirlo a su punto de vista. La conversión de un líder cristiano al existencialismo sería un logro para el filósofo. Terminada la comida, Camus apretó sus manos sobre la mesa, se puso serio de pronto y confesó:

—*Fui a la Iglesia Americana por dos razones. Primero para escuchar a Marcel Dupré, a quien ya he oído muchas veces en Notre Dame. Segundo, porque estoy buscando algo que no tengo, algo que no estoy seguro de poder siquiera definir.*

A aquella primera entrevista siguieron otras. ¿Cuántas? No consta. Mumma afirma que no se reunieron de forma habitual. Fueron conversaciones irregulares y ocasionales, abarcando un período de varios años que no se especifica. Por lo que se deduce de las páginas escritas por el pastor, la última entrevista entre él y Camus tuvo lugar en el verano de 1959, meses antes de la muerte del filósofo, ocurrida el 4 de enero de 1960 en accidente de carretera, cuando el coche que conducía su amigo Gallimard se estrelló contra un árbol al pasar por Villeblin, en el recorrido de la Costa Azul a París, 755 kilómetros.

Camus pidió a Mumma que las conversaciones ente ambos se mantuvieran en la confidencialidad. Que no se guardase registro alguno de los encuentros. El pastor prometió respetar los deseos del filósofo. Pero cumplidos noventa y un año y con Camus muerto cuarenta años antes, Mumma decidió hacer públicos sus encuentros con Camus. Afortunadamente, después de las charlas el pastor protestante volvía a casa y tomaba gran cantidad de notas, que le sirvieron de guía para componer el libro ya citado.

La Editorial madrileña *Voz de papel* publicó el año 2005 una versión española con prólogo de Daniel Sacia, Rector de la Universidad Francisco de Vitoria. En su opinión, a través del libro se va mostrando cómo el autor de *El extranjero* se acerca al cristianismo y su mensaje de esperanza a través de la lectura de la Biblia.

Las reflexiones del pastor protestante están precedidas en el libro por una introducción de 52 páginas escritas por José Ángel Agejas Esteban, profesor del Departamento de

Formación Humanística de la citada Universidad Francisco de Vitoria. Tras un esbozo biográfico del filósofo, Agejas escribe sobre una literatura atormentada, el camino hacia la justicia definitiva y la apertura doliente de la Gracia.

En este extraordinario testimonio del pastor protestante, libro clave e imprescindible para comprender en su totalidad el pensamiento de Alberto Camus, teólogo y filósofo sacan a luz temas del alma: Dios, la conciencia, el mal, el sufrimiento, la libertad, la eternidad, la Biblia, el cristianismo, la conversión y otros que enfrentan al hombre con su responsabilidad ante lo divino.

En la primera entrevista entre el pastor Mumma y el filósofo Camus, el francés alude al sermón que el primero pronunció el domingo anterior desde el púlpito en la Iglesia Americana, a la que había asistido.

*—Después de este sermón —dice Camus— me fui a casa y cogí mi Vulgata en latín. Busqué el relato de Adán y Eva y la serpiente.*

Mumma le interrumpió con una pregunta: *—¿no tiene usted una Biblia en francés?*

Camus confiesa que sólo disponía de la Vulgata, que le había sido regalada cuando niño por el párroco de la Iglesia católica a la que solía acudir su madre.

Resulta desconcertante que un hombre de su cultura y su fama, autor de numerosos libros traducidos a los más importantes idiomas, nunca hubiera leído la Biblia en su propia lengua.

Mumma habla con el pastor oficial de la Iglesia, el doctor Cayton Williams, y le pide un ejemplar de la Biblia en

francés para su amigo Camus. Es el propio Williams quien le hace entrega del Libro sagrado en la oficina de la Iglesia, al tiempo que le dice:

*—Es un placer para mí obsequiarle con una traducción francesa y moderna de la Biblia. Estoy seguro que el doctor Mumma estará feliz de guiarle en el aprendizaje de la lectura de la Biblia. Espero que usted encuentre algo de sabiduría en ella.*

*—De eso estoy seguro, respondió Camus al tiempo que se despedía de los dos clérigos.*

Buen regalo llevó el escritor. La Biblia contiene la revelación de Dios, pero también es una obra literaria de primera magnitud. La Biblia es conocida como el *Libro de los libros*, porque los supera a todos en historia, en teología, en filosofía, en sociología, en ensayo, en drama, en poesía, en la relación entre los seres humanos.

En la siguiente entrevista con el pastor, Camus le habla de su lectura. Dice:

*—He terminado los libros del Génesis y el Éxodo. Me han encantado los relatos del viaje de los hijos de Israel a la tierra prometida.*

*—Estupendo —articula Mumma— me alegro de que esté pasándolo bien.*

*—Pero —continúa Camus sin mucho entusiasmo— estoy ahora con el libro de los Números, habiéndome saltado gran parte del Levítico. De hecho encuentro muy aburridos estos dos libros.*

Aconseja el pastor:

*—Albert, aunque la Biblia es literatura, no tiene que leerla como si fuera una novela o una obra de teatro.*



Llega la pregunta que Howard Mumma estaba esperando. El filósofo hurga en la conciencia del creyente. Quiere respuesta a lo que considera una cuestión muy importante:

—*¿Toma usted en serio todo lo que dice la Biblia? La réplica del pastor es relativamente extensa:*

—*La Biblia no es una obra científica. A la Biblia le interesa una realidad más allá del ámbito de la ciencia y la historia. Hay algunos pensadores que desprecian la Biblia tomándola como una simple colección de fábulas sin ninguna base en los hechos o sin relevancia para nuestras vidas. Yo creo que todos los autores de la Biblia fueron inspirados por el Espíritu de Dios de tal forma que sus capacidades y facultades no fueron apartadas o suprimidas, sino que más bien fueron mejoradas y desarrolladas en una colaboración entre sus mentes y espíritus con el Espíritu de Dios. Al final, podemos llamar a la Biblia la Palabra, y no las palabras, de Dios.*

Camus confiesa su desconcierto:

—*Sí, una vez oí o leí que la Biblia era considerada como Palabra de Dios, pero no entiendo lo que significa esto.*

El pastor continúa explicando al filósofo:

—*Se le llama la Palabra de Dios porque es, ante todo, constancia escrita de la revelación de Dios, a la vez que es la evolución de la fe de los antiguos israelitas. Es razonable que Dios diese al mundo una revelación de Sí mismo: la Biblia, como la Palabra de Dios. Parte de nuestra fe compartida es que Dios aún utiliza la Biblia para mostrar su rectitud y la disponibilidad de su amor, misericordia y perdón. Leyendo la Biblia, se puede encontrar uno a sí mismo enfrentándose a Dios y pensando en Dios.*

Tras un rato de silencio y cavilación por ambas partes, Camus plantea un tema profundo:

—*Dígame, Howard, ¿la Biblia arroja luz sobre los problemas de hoy?*

El pastor vacila, duda, permanece en silencio unos instantes. Al final, confiesa:

—*No hay respuestas fáciles a esa pregunta. Para mí, los principios que sirven de guía en la vida se encuentran en las lecciones de la Biblia. Aquí Dios se dirige de forma directa al caos económico, el desempleo masivo y el conflicto de clases de los últimos cien años. Él nos da la clave para comprender el universo y nombra el trabajo que tenemos que hacer para traer el Reino de Dios a nosotros. Su poder está al servicio de nuestra redención. Nos convence de que no estamos solos.*

Metido ya en la literatura francesa y de haber dispuesto de más tiempo, Mumma pudo haber referido a Camus el magnífico libro de Jacques-Bénigne Bossuet (1627—1709) *Política sacada de las Sagradas Escrituras*.

En esta obra Camus habría hallado completa respuesta a su pregunta sobre la vigencia de la Biblia en el mundo de hoy. Él, reputado filósofo, habría descubierto que la filosofía bíblica ha merecido, desde tiempos antiguos, gran interés por parte de reputados conductores del pensamiento.

La Biblia decepciona bastante, escribió a principios del siglo XX el escritor y político británico John of Blackburn, Vizconde de Morley. Camus no pensaba igual. La lectura de la Biblia no le decepcionó. Despertó en él sentimientos contrarios a la decepción. En la última entrevista con el pastor Mumma, el filósofo Alberto Camus, supuestamente ateo,

supuestamente existencialista, supuestamente racionalista, confiesa al servidor de Dios:

*—Desde que estoy leyendo la Biblia, siento que hay algo, no sé si tiene forma personal o si es una idea grande o una poderosa influencia, pero hay algo que es capaz de dar sentido a mi vida. Existe algo que es invisible. Puede ser que no podamos oír la voz pero hay alguna forma por medio de la cual nos podemos dar cuenta de que no estamos solos en este mundo y de que hay ayuda para todos nosotros. He leído el Antiguo Testamento al menos tres veces ya, y me he dado cuenta de muchas cosas que hay en él. En sus páginas he encontrado gente que estaba absolutamente confusa respecto de la vida, de lo que deberían hacer y de lo que Dios quería que hiciesen.*

Bienaventurados los que creen, porque de ellos es el reino de los cielos.

La existencia del mal en el mundo ha sido, desde el huerto de Edén hasta nuestros días, el caballo de batalla del ateísmo contra la fe religiosa.

En el siglo XVIII un ateo que llegó a alcanzar cierta fama como tal, el filósofo e historiador escocés David Hume, planteó el problema del mal con idénticos argumentos a los que utilizó Camus dos siglos después en sus conversaciones con Howard Mumma. Esto escribió Hume:

*—Los viejos interrogantes de Epicuro aún no se han resuelto.*

*¿Desea Dios prevenir el mal pero no puede evitarlo? Si es así, Dios es impotente. Pero ¿y si no quiere? Entonces es malévol.*

*¿Puede y quiere Dios evitarlo? Si es así ¿es despreciable?*

En certera opinión de José de Segovia Barrón:

*—El problema al que se enfrenta Camus una y otra vez en las conversaciones con el pastor, es la existencia del mal. Le era imposible reconciliar la idea de un Dios bueno y todopoderoso con la realidad del mal en el mundo.*

En efecto. En una conversación que dura cuatro horas, Camus trata el tema con su amigo protestante. Esta es su queja:

*—Yo sentí, junto con otros miles de personas, que el suicidio era la conclusión lógica de verdad. Creo que este universo que es capaz de matar a millones de personas con una bomba desemboca en un sentimiento de que la existencia es una agonía. Creo que es una enfermedad que sólo la muerte puede curar. Si hay un Dios, ¿por qué permite que tantos inocentes se retuerzan en agonía?*

Camus ya había escrito sobre el sufrimiento de los inocentes en su novela más leída, *La peste*. Cuando el hijo del juez Othon muere de la peste, el doctor Riux dice al sacerdote católico Paneloux:

*—Usted sabe muy bien que éste era inocente.*

El sufrimiento de los niños, de los inocentes, sigue siendo la punta más aguda del problema del mal. El cura de *La peste* da la razón al doctor Riux. Para este problema humano, insoluble, no hay más que una respuesta: la esperanza cristiana. También el pastor Mumma admite que no existen respuestas fáciles. Dice a Camus:

*—Estamos entrando en aguas profundas. Como pastor he sido testigo de muchas dificultades de la existencia*

*humana. He visto familias arrasadas por desastres naturales, asesinatos sin sentido, terribles enfermedades que sacuden el cuerpo y la mente. He visto las consecuencias del pecado y el egoísmo y puede que le sorprenda saber que, abrumado por los actos repulsivos de este mundo, me he hecho esta misma pregunta muchas veces. Antes o después, cada uno de nosotros se pregunta cómo o por qué Dios puede amar, ejercer su omnipotencia y al mismo tiempo permitir que el mal y la desgracia se extiendan por el mundo que nosotros conocemos.*

Apunta Camus:

*—Esa es la pregunta exacta que nos hacemos hoy y que la gente se ha hecho a lo largo de los siglos.*

El filósofo aprecia la sinceridad del pastor, pero no queda satisfecho con sus opiniones. El problema del mal le obsesiona. En otra conversación que los dos mantienen, Camus, en la línea de David Hume, va directo al corazón del problema:

*—¿Cómo puede Dios dar libre albedrío conociendo, como debe, que lo usaremos tan mal? ¿Estaríamos todos mejor si tuviéramos menos libertad? Yo tiendo a pensar que no es así, pero quizá sea justo preguntar por qué Dios nos hizo como somos. Si hubiéramos sido creados con un poco más de deseo de hacer el bien y un poco menos de hacer el mal, podríamos haber estado mejor. No puedo creer que necesitemos la cantidad de mal y sufrimiento que tenemos ahora en el mundo. La historia de Job parece válida aquí. Por ejemplo, ¿qué diríamos de un padre que pegara a sus hijos para poner a prueba si son leales?*

*¿No es este un caso en el que los cristianos se ven tentados de referirse a los misteriosos designios de Dios? ¿Debemos simplemente aceptar lo que hace Dios sin cuestionarlo, dado que no podemos entender su propósito último? Para mí es todo lo que hay: simplemente, seguir viviendo. La única esperanza que yo puedo ofrecer es, simplemente, vivir. Repetición, acribillando con preguntas a cada día con el mero acto de vivir. Y empezar de nuevo otra vez hasta la muerte, es todo lo que hay. Y aún así, Howard, siento muy dentro que falta algo. ¿Hay algo más?*

El pastor protestante no se amilana ante tal avalancha de argumentos. Howard Mumma es hombre muy culto, ha recibido premios por sus aportaciones teológicas y filosóficas. Curtido en discusiones con no creyentes. Sin afirmar en su conciencia que Alberto Camus fuera filósofo ateo, conoce muy bien los argumentos del ateísmo: Dios es incompatible con la libertad del hombre y, en consecuencia, hay que negarlo.

Responde a Camus:

*—Dios ha permitido nuestra libertad moral para establecer una especie de prueba a nuestra virtud. Si todos fuéramos buenos por naturaleza, habría poco que debatir sobre el bien contra el mal. Entonces aparece la defensa habitual: ¿No necesita el mundo algún tipo de mal para que podamos conocer el bien? Por ejemplo, no podemos disponer de un agua que sacie nuestra sed pero que no ahogue a la gente. Es imposible tener un fuego que caliente nuestros hogares pero que no abraza nuestra piel. Tampoco es posible para Dios crear mentes que sean libres y que no tengan la posibilidad del mal. Esto no es lo mismo que decir que la creación requiera el mal, sino*

*que lo que afirmamos es la idea de que es absurdo esperar de Dios que haga unas criaturas que carezcan de las características y las posibilidades de ambos, el bien y el mal.*

Camus sonríe y concluye:

*—Usted resuelve el problema del mal desechando la totalidad del debate.*

¡El mal en el mundo!

El mal es un misterio. Crece cuando hablamos de él. Si los seres humanos no obráramos mal, el mal no existiría. El político y académico extremeño Juan Donoso Cortés, muerto en París en 1853, reflexionaba de esta manera en torno al mal:

*—El mal tiene su origen en el uso que hizo el hombre de la facultad de escoger, la cual constituye la imperfección de la naturaleza humana. Toda mi doctrina está aquí: el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal.*

En la Biblia, que tanta atención presta a los problemas de la vida del hombre y al mundo religioso, no falta un amplio enjuiciamiento del problema torturante del mal. Naturalmente, la Biblia no se plantea, como en la teología y en la filosofía posterior, el origen del mal. Pero quienes quieran entrar en sus páginas y descubrir el misterio encontrarán en ella cuantos elementos precisa una solución esencial del problema.

Para los escritores del Antiguo Testamento Dios es bueno y es bueno cuanto hace. Pero con el primer pecado todo se complica y el hombre se asoma por primera vez al conocimiento del bien y del mal.

Para el Nuevo Testamento, el origen del mal está en el hombre:

*—Porque de dentro del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre. (Marcos 7:21—23).*

Sabio mi señor Don Quijote:

*—Nunca los cielos aprietan tanto los males que no dejen alguna luz, con que se descubra la de su remedio.*

En el capítulo cuatro de su epístola el apóstol Santiago plantea una pregunta digna de la antigua filosofía platónica o del moderno existencialismo Kierkegaard.

*—¿Qué es vuestra vida?*

Santiago pregunta y responde. La vida del hombre aquí, en la tierra, es frágil, breve, incierta. Se parece a una nube de vapor que aparece por un momento en el aire para desvanecerse luego sin dejar huella.

A ciento cuarenta y cuatro millones de kilómetros del sol y dos mil años luz del centro galáctico, nos movemos en este rincón llamado tierra como si en ella hubiéramos de permanecer para siempre. Y no. Todo el que nace crece, envejece y muere.

*¿Luego tiene sentido la vida?*

Utilizando imágenes diferentes Camus sigue los pasos a Santiago. Los ejemplos son distintos, pero la idea es la misma. En esta feria de las vanidades el sentido de la vida acepta ser puesto en duda. En opinión de Camus:



—*La gloria del hombre consiste en emplear toda su esencia y su existencia en conseguir exactamente nada.*

Acto seguido ilustra las ideas con la historia de Sísifo. Según la leyenda griega, Sísifo fue un rey que ofendió al dios Zeus.

—*Como castigo —sigue Camus, autor de un celebrado libro titulado El mito de Sísifo— fue obligado a empujar una roca enorme hasta lo alto de una colina pronunciada. Cada vez que llegaba a lo más alto, la roca rodaba de vuelta colina abajo obligando a Sísifo a empezar de nuevo una y otra vez, por toda la eternidad.*

A esta leyenda el filósofo arranca ideas sobre el vacío de la condición humana. Prosigue:

—*Esta historia podría ser llamada el trágico punto muerto de la condición humana. El hombre es libre para elegir, pero sabe que va a estar siempre sujeto al error. El hombre es lanzado a una existencia finita, delimitada en cada extremo por la Nada. Una existencia que es engullida por la corta vida, el riesgo, lo absurdo y la flaqueza humana. La gloria del hombre consiste en emplear toda su esencia y su existencia en conseguir exactamente **nada**. Sísifo se esfuerza constantemente camino de la cima de la montaña y aun sabiendo que nunca alcanzará la meta, continúa intentándolo. Esta perseverancia es su grandeza. Si el hombre no tuviera libre albedrío, el castigo de Sísifo no tendría sentido. Pero, aunque sabe que no conseguirá lograr su deseado fin, él sigue empujando la roca hacia lo alto de la colina. Cuando cae la roca, él simplemente se vuelve hacia abajo para comenzar de nuevo.*

El pastor Mumma escuchaba atentamente al filósofo, admirado de su sabiduría y ejemplo de perseverancia. A pesar de todas sus experiencias —su pobreza, su enfermedad, los horrores de los nazis— Camus nunca daba la impresión de rendirse. En opinión del religioso:

*—Camus creía que el hombre no es una marioneta, manejada por el inevitable proceso de la vida; es libre. Puede elegir desafiar al absurdo. Puede combatir la injusticia social dondequiera que la encuentre. Sabe que el mundo es imperfecto. Sabe que todos en el mundo disponen del libre albedrío, pero que a esta libertad le acompaña la desesperación. Y a pesar de todo esto, Camus dice:*

*—Soy optimista en relación con el hombre.*

Sigue el pastor:

*—Era pesimista por lo que se refería al destino humano y sin embargo era optimista respecto al hombre.*

No obstante esta percepción del religioso, Camus continúa con sus dudas:

*—Siempre me ha inquietado el conflicto entre las ideas y sus realidades. Esto es por lo que suelo estar próximo a la negación de que la vida tenga algún sentido o que la existencia de un Ser Supremo pudiera dotar a este mundo de sentido. Durante mucho tiempo creí que el universo mismo era fuente de sentido, pero ahora he perdido toda confianza en su racionalidad.*

*—No, —aclara el pastor— creo que el universo es ambas cosas, racional e irracional. Podemos darle sentido a nuestro entorno por medio de la aplicación racional de la ciencia y del conocimiento empírico, pero cuando se trata de*

*las preguntas más básicas del hombre sobre el significado y la finalidad, el universo guarda silencio.*

Mumma, maestro de la Biblia, no responde a Camus con argumentos de la Revelación en torno al sentido de la vida. Pero en otra conversación le explica cómo Jesús dio sentido a vidas descarriadas. Hay quienes, antes y ahora, interpretan la experiencia religiosa desde un punto de vista psicológico, reduciéndola a la sublimación de algunos instintos. Claudia Busnelli, profesora de Psicología en la Universidad de Perugia, Italia, define la experiencia religiosa con estas certeras palabras:

*—La experiencia es el acto a través del cual la persona se descubre en relación con el mundo, consigo misma y con Dios, y la experiencia religiosa puede definirse como el acto o el conjunto de actos a través de los cuales el hombre se siente en relación con Dios.*

Cuando Cristo dice que la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que pueda poseer está significando que el sentido de la vida está más allá de la vida misma. Cristo dio sentido a mi vida vacía, confesó el italiano Giovanni Papini cuando se transformó de escritor ateo en escritor cristiano. El pastor Mumma ilumina la mente de Camus con la conversión de Pablo:

*—Si hubiera usted podido preguntar al apóstol Pablo por qué tenía él esperanza, le hubiera respondido así: recuerdo la clase de hombre que era yo antes de que Cristo entrara en mi vida. Era un duro fariseo, contumaz, censor, severo en mis juicios. Perseguí a gente inocente hasta su muerte. Entonces Cristo entró en mi vida y fundió*

*mi dureza. El me sorprendió. El hizo de mí una criatura nueva.*

Blaise Pascal (1623—1662), teólogo, científico, escritor francés:

*—Conocemos a Dios por Jesucristo y sólo podemos conocernos a nosotros mismos por Jesucristo. Es el único que da sentido a nuestra vida en la temporalidad de la tierra.*

Nada que ver entre Camus y la mujer samaritana. Uno a los dos en un mismo párrafo porque así como la samaritana pasó, en el curso de una conversación, del antijudaísmo a la posibilidad de que el judío con quien hablaba pudiera ser el Mesías esperado, Camus pasa en sus conversaciones con Mumma de un pensamiento donde no había lugar para Dios a otro donde admite que tal vez la salvación del hombre esté en escuchar la respuesta de Dios. Siguiendo a Kant, el filósofo francés nacido en Argelia se plantea el dilema de aceptar la existencia de Dios aun cuando no pueda ser racionalmente demostrada.

Camus, como la mayoría de los filósofos, nos enreda en sus elucubraciones dispares. Cree, pero no cree. En 1954 escribió estas palabras:

*—A menudo leo que soy ateo, oigo hablar de mi ateísmo. Ahora bien, esas palabras no me dicen nada, no tienen sentido para mí. Yo no creo en Dios y no soy ateo.*

Conceptos esclarecedores para todos y que, en especial, deberían leer con atención los proclamadores del ateísmo, que quieren hacer de Camus uno de los suyos. Camus dice no entender el relato bíblico que presenta a Dios

como un hombre paseando por el jardín. Al no entender a Dios prefería desentenderse de él. Dice al pastor:

—*Cuando me encontré con Jean-Paul Sartre por primera vez, estuve de acuerdo con que debíamos dejar a Dios fuera del debate, aunque yo siempre he dejado abierta la posibilidad de algo superior al hombre. Sartre y yo siempre hemos compartido las mismas preocupaciones al haber desplazado el enfoque del valor desde Dios al hombre.*

El pastor utiliza el turno de réplica, que argumenta en su interpretación de la fe cristiana. Aludiendo a una conversación que también él mantuvo con Sartre, repite a Camus:

—*Si no existe Dios y si la naturaleza ha engendrado al hombre, ¿está usted diciendo que esa libertad del hombre se ha generado por sí sola y que el hombre es, quizá a través de la evolución, su propio creador? La Revelación va más allá de estos argumentos de la razón para afirmar que Dios existe, que es quien recompensa a aquellos que le buscan con diligencia, que Él nos ha creado y no nosotros a nosotros mismos. Movido por Su voluntad salvadora, dejó de ser espíritu puro para entrar en la Historia, de manera incomparable en la persona de Jesucristo. Si los hombres moralmente sinceros contemplan a Jesucristo no es por la razón por sí sola sino la percepción directa que nace en su interior la que les lleva a afirmar que Cristo no es sólo el Hijo del Hombre, tal y como Él se denominó a Sí mismo, sino también el Hijo de Dios.*

Una noche, después de haber cenado ambos en la casa de Mumma, el pastor pregunta a su invitado:

—*Dígame, Albert, ¿se interesó por el cristianismo antes de que nos conociéramos? Mucha gente no lo hubiera esperado de usted.*

Camus se rio y acto seguido introduce en la conversación la figura de una mujer, una gran mujer a la que siempre admiró, conoció personalmente y mantuvo con ella una correspondencia asidua: Simone Weil, fallecida en 1943 a la edad de treinta y cuatro años.

Simone Weil nació en París en febrero de 1909 y murió en Londres en 1943. Pertenecía a una rica familia judía. Siendo niña mostró una inteligencia extraordinaria. De joven fue profesora de filosofía en la capital francesa. Destacó por sus ideas comunistas, marxistas, revolucionarias, ateas. Uno de sus libros de juventud lo tituló *La no-necesidad de Dios*. Con todo, su pensamiento fue evolucionando hacia el cristianismo. Se ha dicho de ella que fue una santa laica, la más alta encarnación de la añoranza religiosa. Los ojos no pueden ver a Dios sino a través de las lágrimas.

Camus continúa hablando al pastor de la evolución religiosa de su amiga Weil y el impacto que su acercamiento a la fe cristiana produjo en él:

—*Aristóteles le enseñó que, para dar cuenta del orden y el movimiento del universo, debía haber una Forma Suprema, una realidad ya existente, eterna y absoluta en su perfección. Esta Forma Suprema es la causa primera del universo y se caracteriza por la actividad del pensamiento. Dios es, por tanto, espíritu puro. Desde la perfección absoluta, Dios mueve toda la creación dirigiéndola hacia sí. Dios es la meta de todas las*

*aspiraciones y movimientos del universo. Dios es el fin último de todos los seres humanos.*

El más erudito de los teólogos cristianos no habría mejorado la interpretación del pensamiento religioso de Simone Weil que hace Alberto Camus, de quien dice a continuación:

*—Comenzó a estar embargada, intelectual y emocionalmente, y se vio atraída hacia un compromiso con el Trascendente. Empezó a ver que cuando amamos a nuestro prójimo, estamos amando sinceramente a Dios.*

El pastor Mumma pudo ver el efecto de Weil sobre Camus y comentó:

*—Parece como si su forma de entender a Dios hubiese ido más allá de lo meramente filosófico.*

Camus sonrió y dijo:

*—Sí. Ojalá pudiera encontrar yo lo que quiera que fuese el motor de su pensamiento.*

En la última conversación que el filósofo mantiene con el pastor deja entrever que sí, que encontró el motor del pensamiento religioso de Simone Weil, que encontró a Dios. Es entonces cuando Camus hace esta sorprendente confesión a Mumma:

*—Desde que estoy viniendo a la Iglesia, he estado pensando mucho sobre la idea de una trascendencia, algo totalmente distinto de este mundo. Es algo de lo que no se oye hablar mucho hoy día, pero yo lo estoy encontrando aquí, en París, dentro de los muros de la Iglesia Americana. Desde que estoy leyendo la Biblia, siento que hay algo —no sé si tiene forma personal o si es una idea grande o una poderosa*

*influencia— pero hay algo que es capaz de dar sentido a mi vida. Yo no lo tengo, pero está ahí. Los domingos por la mañana escucho que la respuesta es Dios.*

Al pastor protestante sorprende este testimonio de Camus, como me sorprende a mí y sorprenderá a todos los que, como yo, hemos leído sus obras y estamos familiarizados con su pensamiento, no precisamente cercano a Dios. Se trata de una convicción a la que Camus llega de forma progresiva en el curso de sus conversaciones con Mumma, como ocurrió a la mujer de Samaria en el diálogo que mantuvo con Jesús junto al pozo de Jacob. En su libro *El revés y el derecho*, escrito en Argelia cuando tenía 24 años, Camus dice:

*—Siempre llega un día en la vida de un artista en el que debe hacer balance, volver a acercarse a su propio centro para luego tratar de mantenerse en él.*

Según el revelador libro escrito por el pastor Howard Mumma, donde da cuenta de una serie de conversaciones mantenidas con el filósofo, Premio Nobel de Literatura, Camus encontró su centro religioso y espiritual al encontrar a Dios. ¿Lo encontró? ¿Se mantuvo en él?

Aquellos que ven en Camus a un filósofo ateo, ¿saben que estuvo a punto de ser bautizado en 1959, cuando tenía 46 años, conforme al ceremonial cristiano? De este hecho da testimonio el anciano pastor Howard Mumma cuando, a los 91 años, escribe el libro de memorias en el que recuerda sus entrevistas con Camus en París, poco antes de la muerte del filósofo.

El tema del bautismo surge a raíz de una conversación entre los dos hombres en torno a un destacado personaje del



Nuevo Testamento, Nicodemo. Es el apóstol Juan quien nos cuenta la historia en el capítulo tres de su Evangelio. Lo hace en exclusiva. Ni Mateo, ni Marcos, ni Lucas se refieren a este principal entre los judíos.

Nicodemo acude una noche a Jesús y reconoce:

—*Sabemos que has venido de Dios como Maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.* (Juan 3:1-2).

Aquí el Maestro introduce el tema del nuevo nacimiento:

—*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.* (Juan 3:3).

La respuesta de Jesús desconcierta al ilustre fariseo:

—*¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?*

Nicodemo no comprende a Jesús. Tampoco Camus comprende a Nicodemo. Expone a Mumma su opinión sobre personajes del Antiguo Testamento, que confiesa haber leído tres veces: Moisés, Jonás, Isaías, entre otros. Luego añade:

—*¡Al que no he conseguido entender hasta el día de hoy es a ese Nicodemo! ¡He aquí uno de los sabios de Israel! Está buscando algo que le falta. Me siento totalmente identificado con Nicodemo, porque yo tampoco estoy seguro sobre todo esto del cristianismo. No comprendo eso que Jesús le dijo a Nicodemo: Debes volver a nacer.*

Por vez primera en el curso de tantas y tan prolongadas conversaciones el pastor alude al bautismo. Dice a Camus:

—*Albert, pensemos un poco acerca de esa expresión, volver a nacer, porque estamos yendo hacia la verdadera importancia del bautismo. ¿Cuál fue la respuesta de Jesús?*

Camus responde al pastor inmediatamente:

—*¡Bien sabe usted cual fue! El simplemente dijo que debes volver a nacer. Conozco las palabras exactas: El hombre que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios, sea lo que sea. Y dijo: lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. Y entonces Nicodemo dijo: Me maravillo ante ello: que es necesario nacer de nuevo.*

El pastor responde con los más firmes y verdaderos argumentos de la doctrina cristiana:

—*Para mí, nacer otra vez es entrar de nuevo o partir de cero en el proceso del crecimiento espiritual, hacer borrón y cuenta nueva, por así decirlo. Es recibir el perdón porque le has pedido a Dios que perdone todos tus pecados pasados, de tal manera que la culpa, las inquietudes, las preocupaciones y los errores que hemos tenido en el pasado son perdonados y realmente se comienza de nuevo partiendo de cero. La cuenta está a cero, la conciencia está limpia. Se está preparado para ir hacia delante y comprometerse en una nueva vida, una peregrinación espiritual.*

El pastor, nervioso y apasionado con la exposición de su propio sermón, lo concluye con una afirmación directa al filósofo:

—*Usted está buscando la presencia de Dios mismo.*

La reacción de Camus sorprende a Mumma, como habría sorprendido a amigos y enemigos del filósofo, más aún

a la pléyade de intelectuales que habían escrito y seguirán escribiendo sobre el supuesto ateísmo de Camus. Mirando directamente a los ojos del pastor y con lágrimas en los suyos, el filósofo le dice:

—*Howard, estoy preparado. Quiero esto. Esto es a lo que yo quiero comprometer mi vida.*

Leamos al ministro del Evangelio:

—*Este hombre, desde hacía ahora varios años, había estado haciéndome preguntas sobre el cristianismo. Había asistido a los cultos en la Iglesia. Había escuchado mis sermones muchas veces y sabía que había estudiado la Biblia casi por completo. Quizá no debí haberme impresionado, pero me provocó una sensación de asombro y sorpresa el hecho de que estuviera considerando dar este tipo de paso hacia el cristianismo.*

A continuación, una pregunta directa:

—*Albert, ¿a usted no lo bautizaron ya?*

Respuesta del filósofo:

—*Sí, cuando era pequeño... pero no significó nada para mí. Fue algo que me hicieron a mí, sin más significado que un apretón de mano. Pero parece apropiado que se me bautice ahora que he estado estos meses leyendo y comentando la Biblia con usted.*

Es ahora, en este punto de las conversaciones entre el pastor evangélico y el filósofo, por entonces uno de los franceses vivos más famosos, cuando se produce en mí el desencanto. Howard Mumma pertenecía a la rama más conservadora de la Iglesia metodista, que solía practicar el bautismo de niños por aspersion, siguiendo el rito católico. Para Mumma:

—*Está claro que un bebé no tiene fe. Se le bautiza porque Dios ama a ese niño y le da la bienvenida a la familia de Dios. El bautismo inicia un proceso en el cual se comienza a crecer, incluso siendo un bebé, hacia una nueva vida con la cual se nos ha obsequiado.*

¡Error! Tales creencias no se sostienen a la luz del Nuevo Testamento. Mumma había leído que sólo será salvo el que creyere y fuere bautizado, y es obvio que un niño no cree. Había leído que de los niños es el reino de los cielos, por tanto, un niño que muere sin haber sido bautizado no va a un hipotético limbo, sino directamente al lugar donde mora el Eterno. Había leído que en los primeros días de la Iglesia fueron bautizadas tres mil personas después de escuchar el sermón de Pedro incitándolas al arrepentimiento y al bautismo para el perdón de los pecados. Todo esto lo sabía el pastor metodista sin necesidad de consultar la Biblia. Pero no lo aplicó a Camus. Se despidió de él aconsejándole que continuara estudiando la Escritura sagrada. Pocos meses después de la última conversación entre ambos, Camus murió en accidente de automóvil. Sin haber sido bautizado.

Cuando el pastor regresó a Estados Unidos Camus le despidió en el aeropuerto. Le tendió la mano y le dijo:

—*Amigo mío, mon chéri, ¡voy a seguir luchando por alcanzar la fe!*

Confiesa el pastor:

—*Según dijo esto, yo me preguntaba si no debía haber hecho lo que me pedía, haberle bautizado.*

Demasiado tarde. Oportunidad perdida. En su libro autobiográfico *Las palabras*, Juan Pablo Sartre cuenta que

el comportamiento de su abuelo, con quien se crio, destacado miembro de una iglesia evangélica, fue el principal obstáculo para su acercamiento a la fe cristiana. Ese abuelo lo era también de Albert Schweitzer, primo hermano de Sartre. Este primo llegó a ser famoso médico, músico y misionero que dedicó años de su vida a predicar el Evangelio en países de África. El otro primo, Sartre, fue campeón del ateísmo en la Europa del siglo XX. El abuelo perdió la oportunidad de haber hecho del niño un destacado filósofo cristiano. Creo que algo parecido ocurrió con Howard Mumma y Alberto Camus. Tal vez si lo hubiera bautizado a tiempo el filósofo se habría comprometido a fondo con su fe y habría cambiado el tema de sus escritos en los meses que le quedaron de vida. ¡Menudo alboroto se habría armado primero en Francia y luego en el resto del planeta, principalmente entre la clase intelectual! Uno de los filósofos más importantes en la Francia de entonces, tenido por ateo, por existencialista, inventor de la teoría sobre el absurdo de la vida, ¡convertido al cristianismo de Cristo y bautizado por un pastor protestante! De haberse cumplido y de no haber muerto poco después, ¿habríamos tenido en nuestras filas a un gran filósofo?

¿Habría girado, como hizo Papini, de una literatura que prescindía de Dios a otra teniendo a Dios en el centro? ¡Quién sabe!



# Principales obras de Albert Camus

Al morir, Camus dejó una obra escrita de colosales dimensiones. Entre los libros suyos más leídos figuran los que detallo a continuación, con la advertencia de que no están todos.

## **Novelas y relatos**

*La muerte feliz* (La mort heureuse) (1937).

*El extranjero* (L'étranger) (1942).

*La peste* (La peste) (1947).

*La caída* (La chute) (1956).

*El exilio y el reino* (L'exil et le royaume) (1957).

## **Obras teatrales**

*Calígula* (Calígula) (1944).

*El malentendido* (Le malentendu) (1944).

*Estado de sitio* (L'état de siege) (1948).

*Los justos* (Les justes) (1950).

*Los posesos* (Les Posséde) (1959).

## **Ensayos**

*Bodas* (Noces) (1939).

*El mito de Sísifo* (Le mythe de Sisyphe) (1942).  
*Cartas a un amigo alemán* (Lettres a un ami allemand)  
(1948).  
*El hombre rebelde* (L'homme révolté) (1951).  
*El verano* (L'Été) (1954).  
*Reflexiones sobre la guillotina* (Réflexions sur la guil-  
lotine) (1957).

Centenares de artículos escritos principalmente en pe-  
riódicos de Argelia y de Francia, volúmenes de crónicas es-  
critas entre 1939 y 1958, cuadernos con anotaciones diarias,  
un tomo bellissimo de carácter autobiográfico en el que tra-  
bajaba en el momento de su muerte, publicado posterior-  
mente con el título *El primer hombre* y otras muchas piezas  
literarias.



# Bibliografía elemental

## Principales obras consultadas

Juan Pablo Sartre, *El existencialismo no es un humanismo*, Editorial Sur, tercera edición, Buenos Aires 1973.

Pedro Laín Entralgo y Milagro Laín Martínez, *Estado de sitio*, Alianza Editorial, segunda edición, Madrid 1976.

Alberto Camus, *Obras Completas*, Alianza Editorial, Madrid 1996, tomo II.

O.C. Tomo I.

Teófilo Urdanoz O.P., *Historia de la filosofía*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1978.

Bernard-Henri Lévy, artículo en el diario *El País*, Madrid 9 de enero del 2010.

Sabino Alonso Fueyo, *Existencialismo y existencialistas*, Editorial Gueri, Valencia 1949.

Nicolás Abbagnano, *Historia de la filosofía*, Editorial Hora, Barcelona 1982, volumen III.

O.C. tomo IV.

Leo Gabriel, *Filosofía de la existencia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1974.

Véase el artículo *Los hijos de Caín*, O.C., tomo III.

Herbert R. Lottman, *Alberto Camus*, Taurus Santillana, Madrid 1994.

O.C. tomo II.

Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Editorial Credos, Madrid 1964, sexta edición, tomo I.

Octavio Fullat, *La moral atea de Alberto Camus*, Editorial Pubull, Barcelona 1963.

Will y Ariel Durant, *The age of Voltaire*, Editorial Simon and Schuster, Nueva York 1965.

Carlos Edmundo de Ory, *Camus y el ateísmo in extremis*, Editora Nacional, Madrid 1964.

18. Mencionado por Charles Moeller en la obra citada, tomo I.

O.C. tomo II.

O.C. tomo I.

Olivier Todd, *Alberto Camus, una vida*, Tusquets Editores, Barcelona 1997.

O.C. tomo III.

Juan Antonio Monroy, *Los intelectuales y la religión*, Publidisa, Sevilla 2012.

Juan Antonio Monroy, *Literatura y espiritualidad*, editorial Clie, Barcelona 2017.

# Sumario

1. Explicación .....	3
2. Más allá del absurdo y la nada .....	5
3. Existencialismo y fe .....	19
4. Camus y el protestantismo .....	35
Principales obras de Camus .....	63
Bibliografía elemental .....	65



# Otros libros de Juan Antonio Monroy

- *El poder del Evangelio (Biografía)*. Tánger, 1954.
- *Las bienaventuranzas para nuestros días (Estudio)*. Cuba, 1955.
- *Estudios sobre el hombre (Ensayo)*. Tánger, 1957. 2ª Edición, Terrassa, 1957.
- *Defensa de los protestantes españoles (Ensayo)*. Tánger 1958. 2ª edición, Barcelona, 1960. Edición en inglés, Londres 1966.
- *El mito de las apariciones (Ensayo)*. Tánger, 1963.
- *Los tres encuentros (Relatos)*. Madrid, 1964.
- *La Biblia en el Quijote (Ensayo)*. Madrid, 1963. 2ª edición, Terrassa, 1979. 3ª edición ampliada, Terrassa 2005.
- *Hombres de fuego (Ensayo)*. Madrid 1970. 2ª edición, Terrassa, 1979. 3ª edición, Texas, USA., 1991. Edición en inglés, Madrid, 1974.
- *Fuerte como la muerte (Ensayo)*. Madrid 1971. 2ª edición, Texas, USA., 1993. Edición en portugués, Gaiana, Brasil, 1973. Edición en inglés, Madrid, 1974.

- *Libertad religiosa y ecumenismo (Ensayo)*. Madrid, 1967.
- *Mente y espíritu (Ensayo)*. Madrid, 1971.
- *Apuntando a la torre. Toda la verdad sobre los Testigos de Jehová (Ensayo)*. Madrid, 1972. 2ª edición, Madrid, 1974. 3ª edición, Terrassa 1987.
- *Inquieta juventud (Ensayo)*. Madrid 1974.
- *La Iglesia católica ante la nueva situación de España (Ensayo)*. Madrid, 1976.
- *Evolución y Marxismo (Ensayo)*. Madrid, 1982. 2ª edición, Texas, USA, 2006.
- *El Misterio de Dios (Ensayo)*. Terrassa, 1983. 2ª edición, Texas, USA, 1995.
- *Sin hoz ni martillo (Viajes)*. Madrid 1983.
- *Alforjas y caminos (Viajes)*. Madrid, 1986.
- *Historia del movimiento de Restauración (Historia)*. Madrid, 1987. 2ª edición, Texas, U.S.A., 1997.
- *Cómo vencer al Diablo (Ensayo)*. Terrassa, 1989.
- *Angustia, depresión y esperanza (Ensayo)*. Terrassa, 1990.
- *Un enfoque evangélico a la Teología de la Liberación (Ensayo)*. Terrassa, 1991.
- *La formación del líder cristiano (Ensayo)*. Terrassa, 1992.
- *Juicio crítico al catolicismo español. Volumen I (Ensayo)*. Madrid, 1993.
- *Dimensiones mágicas del amor (Ensayo)*. Terrassa, 1993. 2ª edición USA, 2008. 3ª Edición, Madrid, 2015.
- *Entre la vida y la muerte (Ensayo)*. Terrassa, 1994.
- *Juicio crítico al catolicismo español. Volumen II (Ensayo)*. Madrid, 1994.

- *El sueño de la Razón (Crítica literaria)*. Terrassa 1995. 2ª edición. Terrassa, 2006. 3ª edición Madrid, 2018.
- *Mensajes Radiofónicos (Guiones escritos para la radio)*. Terrassa, 1997.
- *Juicio crítico al catolicismo español. Volumen III (Ensayo)*. Madrid, 1998.
- *Dios en busca del hombre (Ensayo)*. Terrassa, 1999.
- *Frank País (Biografía)*. Terrassa, 2003. 2ª edición, Habana, Cuba, 2007.
- *La transición religiosa en España (Historia)*, Madrid 2007.
- *¿En qué creen los que no creen? (Ensayo)*. Terrassa 2008.
- *En un cruce de caminos (Ensayo)*. Valls, Tarragona 2010.
- *Mis amigos muertos (Memorias)*, Madrid 2011.
- *Un protestante en la España de Franco (Historia)*. Valls, Tarragona 2011
- *Juan A. Monroy. An autobiography. (Autobiografía en inglés)*. Abilene, Texas 2011.
- *Notas para una biografía (Autobiografía)*. Madrid 2001.
- *Los intelectuales y la religión (Crítica literaria)*. Madrid 2012.
- *La muerte de Don Quijote (Ensayo)*. Madrid 2012.
- *Viaje a Francia (Viajes)*. Madrid 2013.
- *Cuba, desde Pinar del Rio a Baracoa (Viajes)*. Madrid 2014.
- *Breves notas de un largo viaje (Viajes)*. Madrid 2014
- *Memorias Gráficas (Memorias)*. Madrid 2015.
- *Historias de amor en la Biblia y en la mitología griega (Crítica literaria)*. Madrid, 2016.

- *Literatura y espiritualidad (Crítica literaria)*. Terrassa, 2017.
- *María Magdalena en la literatura (Biografía)*. Terrassa, 2018.
- *El sexo en la Biblia (Ensayo)*. Terrassa, 2021.
- *El rocío de la juventud (Ensayo)*. Valls, Tarragona 2021.
- *Obras Completas. Volumen I*, 440 páginas. Terrassa, 1998.
- *Volumen II*, 476 páginas. Terrassa, 1998.
- *Volumen III*, 281 páginas. Terrassa, 1998.
- *Volumen IV*, 479 páginas. Terrassa, 1999.
- *Volumen V*, 355 páginas. Terrassa, 1999.
- *Volumen VI*, 395 páginas. Terrassa, 1999.
- *Volumen VII*, 317 páginas. Terrassa, 2000.
- *Volumen VIII*, 238 páginas. Terrassa, 2001.
- *Volumen IX*, 398 páginas. Terrassa, 2001.
- *Volumen X*, 400 páginas. Terrassa, 2002.
- *Volumen XI*, 295 páginas. Terrassa, 2003.
- *Toda la obra de Unamuno (Ensayo)*. Valls, Tarragona, 2021.
- *68 Mujeres de la Biblia (Biografías)*. Almansa. 2021.
- *Pepa a su aire (Artículos)*. Madrid. 2021.
- *En la última farra de mi vida (Autobiografía)*. Madrid 2022.
- *Enfoque al ateísmo (Ensayo)*. Salamanca 2022.
- *Dios en la poesía religiosa española, (Poesía)*. Valls, Tarragona 2022